

El Eco de Cartagena

BOLETÍN DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

SEGUNDA EPOCA

Notas de actualidad

Contra el mito que los intervencionistas van a celebrar en Madrid el próximo domingo, como primero de la serie que se han de celebrar en provincias, han levantado clamorosas protestas no solo en la Corte sino en España entera.

El Gobierno trata de demostrar que el mito no es infundado, sino político, organizado por las izquierdas, pero es una falta de habilidad que a nadie convencen, que muchos elementos avanzados se protestaron también de dicho acto. En y otros, todos, pública o privadamente, para contrarrestar o sumar argumentos, manifiestan terminantemente la finalidad que se persigue al celebrar ese mítin antipatriótico e ilegítimo.

Si el Gobierno no lo evita y pone freno a estas propagandas sinlidas será responsable de cuanto ahora en Madrid sucede y después en provincias.

Con permiso del Sr. Alcalde hoy nuevamente vamos a llamarle la atención de un servicio que está verdaderamente abandonado y es éste, el de la mendicidad.

Cuando vayas al Gobierno ver a todas horas por las calles de la población infinidad de niños abandonados por sus padres en el arroyo que imploran la caridad molestando a los transeúntes, y muy especialmente en la calle de Isaac Peral, la más importante de Cartagena.

En esta concurrida vía pública parece que los agentes de la Autoridad están ciegos y no ven a esa turba de niños harapientos que se acercan a las puertas de los cafés en donde están tranquilamente jugando el rato, los que tienen hambre y son molestados por los transeúntes que tanto abundan, por lo que se manifiesta ante los ojos de los transeúntes, que este servicio, que con tanta regularidad se cumple en otras poblaciones, aquí está completamente abandonado.

Necesario es, Sr. Alcalde, que ese abuso que tan poco favorece a las autoridades encargadas de evitarlo, y que avergüenza a Cartagena, cese prontamente porque el buen nombre de esta ciudad, llamada cuna de la Caridad resulta lastimado con ese abandono de centenares de niños de ambos sexos que transitan por las calles de día y noche.

Esperamos que el Sr. Fernández, comprendiendo la razón que nos asista al tratar este asunto, dará las oportunas disposiciones para que prontamente desaparezca.

De Sociedad

Los que viajan

Marchó a la Corte, el banquero de esta plaza don Luis Canthal.

De Alicante ha llegado el ingeniero de la Hidro-Eléctrica, don Juan L. Longoria.

De Madrid ha llegado a esta, el licenciado en Farmacia don Ignacio González.

Marcharon para Alicante, don Vicente Gallana, y don Francisco Ribera.

Han llegado a esta procedentes de Barcelona, los letrados don Julián Clapera y don Vicente Muntadas.

Ha regresado de Madrid el exdiputado a Cortes don Juan de Dios Zúñiga.

También ha regresado de dicha capital, el Director Gerente de la compañía de los tranvías eléctricos de esta ciudad, don Joaquín Díaz Zapata.

Ha salido para el Balneario de Alhama, el secretario de la primera sección de reclutas de esta ciudad, don Juan Bas.

Notas varias

El próximo domingo negarán a esta los alumnos que cursan la asignatura de Derecho Penal en la Universidad de Murcia acompañados de su catedrático

Torpes y torpedos

Como pompas de jabón, ingravidades, siguen flotando brillantes, multicolores e hinchadas por el aire caldeado o impuro de la pasión y de la torpez, incorregible de unos y de otros, las mentiras más absurdas y las versiones más contradictorias acerca del doloroso accidente ocurrido frente al puerto de Denia al vapor español «Patricio».

Fibios y Fobos, intervencionistas y neutralistas, se ametrallan mutuamente con el más escogido y selecto repertorio; el plomo de los tipos de imprenta se emplea hoy como explosivo de fuerza formidable para llevar a los cerebros y a los corazones hispanos un estado de inestabilidad manifiesta que hace trepidar violentamente la tranquilidad pública, haciendo bambolearse los cimientos de la paz interior con bruscas y perniciosas sacudidas.

En cada uno de esos saltos, tras cada una de esas conmociones espirituales que agitan el alma nacional, se rebajan los vínculos fundamentales que sirven de trabazón al ideal supremo de la Patria que debe palpar en toda conciencia netamente española; como secuela funesta de cada una de esas arremidas provocadas en el corazón nacional se originan noivas y mortales escisiones en las masas populares y aún en las esferas culminantes de la intelectualidad que dan como resultado esos tristes y escandalosos espectáculos como los que nos han ofrecido en estos días las calles de Zaragoza y los alrededores del Ateneo de Madrid que nunca debió dejar de ser templo augusto del culto sereno a la Libertad a la cultura y al mutuo respeto de todos.

El funesto influjo de ese explosivo moral a que antes me refería, derrumbó los muros de aquel albergue del Arte y del recíproco respeto, para trocarlo en asilo del odio y en patio indelicado de un corralón de soeces rabaneras y de comadres jhillonas!

¡Seamos españoles ante todo!

No dejemos que nadie rompa el lazo sagrado que es la ligadura principal de nuestro amor a España!

Y no olvidemos que la perfidia de los malvados y que la debilidad mental de los torpes es el mayor mal, es mil veces peor que si un torpedo de los más poderosos estallara al pie de nuestra bandera pulverizando y haciendo añicos con su explosión formidable nuestro escudo nacional.

Juan de España.

EN FAVOR DEL PUEBLO

Dice hoy el órgano de los aliados en sus Nonadas:

«A los suecos les han hundido los submarinos alemanes un puñado de barcos.

Y los suecos se indignan y protestan.

¿A que resulta que los españoles nos hacemos el sueco mejor que los propios ciudadanos de Suecia?»

Y efectivamente: Suecia ha protestado, como es lógico, por el hundimiento de sus barcos así como su confederada Noruega por los 514 buques que llevan perdidos, pero no por eso han dejado de reconocer el derecho que asiste a las naciones beligerantes en la casi totalidad de los casos, y por esta razón no han llegado a declarar la guerra ni a Alemania ni a Inglaterra.

Nosotros no hemos dejado de protestar, muchas veces con exageración, y al por gusto del periódico matutino y sus congéneres hubiere sido al primer barco perdido hubiésemos declarado la guerra a los imperios centrales.

Y luego dice el colega que nos hacemos el sueco! Menudo guirigay están arrojando los intervencionistas para arrastrarnos a la guerra!

Pero el caso es que en el artículo de fondo del mismo diario citado, se contradice y define ya claramente su actitud.

Con el título «Guerrreemos todos!» dice que los pueblos, hartos de trabajar, sufrir y no comer, se echan a la calle pidiendo pan y libertad!

¡Apenas si tienen libertad y abusan de ella nuestros intervencionistas!

La consabida *multitudo* «libertad» proporciona sin duda mucho pan a las masas.

Y sigue diciendo el colega, que como todos saben que la causa del hambre es la guerra, todos guerrear y trabajan para la guerra.

Y ahora si que viene bien el *similia similibus* que cita: El hambre se quita con hambre, consecuencia lógica que se deduce de su afirmación: «A la guerra con la guerra».

Eso de que lo mismo da morir de un balazo en las trincheras, de un torpedo en el mar, o de hambre en los talleres u hogares, es un latiguillo de los que se pronuncian cuando en el paroxismo de la oratoria se lía uno la manía a la cabeza y dice: *A Roma por todo*, para llevarse tras sí a las masas.

Hasta el presente no sabemos que estén mejor que nosotros los pueblos en las naciones en donde guerrear, y si no, pensar lo que sobre lo que hoy padecemos en España se aumentarían nuestras calamidades con los tristes espectros de la guerra; Escasez de subsistencias, incomparablemente mayor que la actual; carestía inconcebible como en Portugal que se vende el kilo de pan a dos pesetas; padres e hijos de familias restados a los hogares para incorporarlos a filas o llevarlos como carne de cañón a defender los territorios extranjeros, con lo cual se aumentaría el hambre y la miseria en las casas, especialmente en las más necesitadas que solo disponen para su comida con los brazos que se les restarían, y una serie de calamidades que sería prolijo detallar.

De todo lo cual se deduce que el periódico que, para evitar la guerra, quiere que guerreemos todos, está haciendo una labor antipatriótica y grandemente perjudicial para los mismos obreros que están sosteniendo ese diario, y el cual, en vez de tratar de llevarlos a las trincheras debiera ampararlos y defenderlos contra todo atentado a sus vidas y familias.

X. X. X.

El Señor de impedidos

Como ayer dijimos, esta mañana, y con gran solemnidad se ha administrado el Señor «los impedidos de la parroquia de Santa María de Gracia.

En el acompañamiento figuraban niñas de la primera Comunión y gran número de distinguidas señoras y representaciones de varias sociedades religiosas, entre las que destacaba la «Adoración Nocturna» con su magnífica bandera.

El Señor era llevado bajo palio por el teniente cura de dicha parroquia don Alfonso Saiz del Olmo.

Cerraba el séquito la laureada banda de Infantería de Marina cedida galantemente por el Comandante General de esta Apostadero y un piquete del mismo cuerpo.

Los balcones de la carrera estaban engalanados y la procesión ha resultado lucidísima.

Ante el Intervencio-

nalismo criminal

Está visto que los intervencionistas españoles, contando con el apoyo de ciertos políticos que han ocupado los más elevados cargos, no cesan un instante en su empeño decidido en que rompamos la neutralidad y se ponga nuestro ejército al lado de las naciones que luchan contra los Imperios centrales, en la presente tragedia mundial.

Imposible parece que los apasionamientos por un lado y los compromisos contraídos por otro, puedan más que los sentimientos patrióticos que deberían ser siempre la norma de conducta entre los ciudadanos que blasonan de amor a España, y sin embargo, quieren arrastrarla por las corrientes de la indignidad y la ruina, comerciando con la sangre de sus hijos.

Pero el hecho existe, y aunque parezca imposible que haya persona alguna capaz de semejante crimen, es lo cierto que nuestra patria alberga a esos delincuentes que desafiando las iras del pueblo y burlándose de todo cuanto significa espíritu de conservación y de nobleza, no cesan en sus irritantes propósitos e infucos deseos de lanzarnos a la catástrofe.

¡Valientes campeones de la libertad, del progreso y engrandecimiento de la patria! ¿Es posible que, después de tanto tiempo en que el pueblo español ha manifestado su voluntad decidida a mantenerse neutral en la contienda, puede nadie atreverse a manifestar públicamente sus bastardas ambiciones, encaminadas a dar satisfacción a miras mezquinas, de pequeña y miserable política de bandería, de ruinas intereses privados, de indignos compromisos internacionales contraídos, supeditando a tanta vileza el supremo bien de la Patria?

Entendemos que toda paciencia tiene un límite y que no puede ni debe haber hombre ni nación que llegue a soportar por más tiempo un estado de cosas que fácilmente puede precipitarnos al suicidio colectivo que significaría romper las barreras de la neutralidad impuesta a nuestros gobernantes por una suprema razón del pueblo.

Y si esto ha sentido la afirmación de que constituye una necesidad para el país permanecer apartado de la tremenda contienda, es hora ya de que las mismas piedras se convengan de que deben arrojarse sobre esos grupos guerreros dejándoles el campo libre más allá de nuestras fronteras, pero no en el suelo patrio que deshonran inicidamente.

Que llegue hasta nosotros alguno que otro leve chipazo de ese colosal incendio que puede explotarse en el sentido de que España deba consumirse en la hoguera?

España no quiere la guerra y hay que respetar su voluntad soberana. Y como las malas hierbas hay que arrancarlas de raíz y tan pronto se produzcan y manifiesten exteriormente, creamos que ha llegado el caso de mostrarnos agresivos en la polémica, no pudiendo consentir que abierta y arteramente haya quienes a todas horas estén pidiendo que el país intervenga en la lucha. Si quieren intervenir en la guerra a favor de los aliados, que vayan a Marruecos para que Francia pueda retirar de allí su guarnición, pero que dejen a España en su más estricta neutralidad, como acto de justicia y de salvación de sus más vitales intereses.

Ejercitemos nuestros derechos de ciudadanos honrados y levantemos a todas horas la voz para defender nuestra neutralidad, impuesta por el pueblo, ante los sucesos que actualmente convierten a Europa en espantoso campo de batalla.

Esos grupos guerreros que no van a la lucha y esos caudillos revolucionarios, que no abandonan sus opíparos festines, podían merecer hasta el desprecio de los hombres honrados; pero desde el momento que no hacen caso de la justa indignación del pueblo y en vista de que siguen su campaña embrutecedora y suicida, constituyendo un peligro para la paz y prosperidad de la nación, entendemos que ha llegado el caso de que este mismo pueblo demuestre a sus eternos enemigos que España, cuando lo que se sueste, está juramentada en defender su neutralidad, aún a costa del último sacrificio.

M. Janyent

Léanse en 3ª plana artículos de interés

Mater Dolorosa

Felisa renovó los cirios casi consumidos. Había muerto el hijo de la casa y en el hogar rico no se debían hacer las cosas a medias...

La agonía nadó la presencia; la familia tan sola; ni un amigo al lado. Sin compañía alguna, en el doloroso desierto de su pena, pasó las noches en vela, apurando el cáliz de amargura, viendo como se iba vida tan querida. Las amistades no se molestaron en sufrir malos ratos. Unos dejaron tarjetas alguno envió recado en demanda del curso de la enfermedad, los que más, hicieron una visita de cumplido, en las que los afligidos tienen que constatar a cuatro frases triviales de consuelo, perdiendo el tiempo, desatendiendo al paciente, por recibir a personas que a los pocos minutos se largaban en busca de la alegría del sol; huyendo del lugar lóbrego, donde el ánimo se acogojaba. En cambio ahora sí, iban afluyendo los conocidos. A seguir la rutina del formalismo social. Al fin y al cabo el velatorio era llovadero. Una, como cualquier otra reunión, en que todos fingían una aflicción no sentida, en la cual se murmuraba, se comeria y en la que, entremetidos, mandarían a su antojo en su carácter de íntimos.

Las mujeres, de mantos y mantillas, trajes de circunstancias, todo negro, para que el cuadro fuese más fúnebre, tenían campo abierto que dar a las lenguas, criticándose las unas a las otras, mirándose disimuladamente con envidia, hablando de modas, de diversiones, y de tarde en tarde, del difunto, sin duda para avivar el acua del dolor y justificar su duelo.

Los hombres estaban en otra sala; así, al poco rato, tenían mayor libertad para churlar de negocios, de toros y a veces, como aquellas, mal del muerto.

—La verdad, que el pobre Pepe era un calavera, siempre de crápula... ¡Tenía que acabar así!

Otro agregaba piadosamente, —Y luego, ese afán por la bebida. ¡Cuidado que se lo he dicho veces!... ¡Le está bien empleado!

Y las horas corrían, entre cigarro y cigarro, copa tras copa, así se pasaba la pena, y con miradas de faunos a la gentil doncellita que las escanciaba...

A media noche, quedaron reducidos a la mitad. No faltaban disculpas ante el temor de una velada de insomnio. «Tengo a la señora mala» decía uno; «yo bien quería, pero... mi salud delicada»; «los niños quedaron solos... o simplemente agarrando el sombrero» y desapareciendo.

La desolada madre, era la estatua del sufrimiento; su noble cabeza, arrogante en años mozos, admiración de todos, inclinábase caída hacia la tierra, blanca, alba, nevada... Nieve en olla, hielo en el corazón. Daban lástima aquellas manos sarmetosas, la cara arada por el tiempo, en surcos de lágrimas que vertían los ojos sin brillo, enrojecidos, en convulsión histérica, con sollozos mansos, callados, en silencio...

Ella, la única que sufría, que sentía sus entrañas laceradas, sangrantes... Era la mujer fuerte, la mujer bíblica, que vio morir al amado, que cerró los ojos a los padres, que cuidó de su hacienda, que recogió en sus dolores, reuniendo todos los cirios en su hijo. Y ahora, apurar hasta las heces el caliz... Lo más grande, su orgullo, la última ilusión de vida, aquel ser, es decir, todo, su existencia entera que se iba... ¡y se lo llevaban para no volver!

—¡Hijo mío!... ¡mi hijo!... murmuraba la infeliz.

—¡Por qué te fuiste...?

—¡Hijo!... nene... despierta, vuelve a abrazar a tu pobre vieja... mírame, que tus ojos me conmueven, como siempre... que tus dedos pincen mis canas como antes... ¡Hijo!... Virgen Santa, llévame con él, tu eres madre como yo, ¡por qué me lo has arrebatado!...

Despierta alma, ven... ¡no ves que me muero de pena!... Y te vas solo, sin mí, sin tu madreita... ¡hijo... hijo... no me abandones...! ¿Dónde estás ya?... ¡me oyes?... Quizás te acuerdas de frío en tu fosa... ¡ah!... ¡ah!... olvidado, tan sin compañía, sin tenerme a tu lado... Pero no, tu madre no se separa... mira... pondré mi retrato sobre tu corazón, para que te dé calor... ¡aquel que te gustaba tanto...! ¡ah! no estarás tan solo...

Puso el retrato en el ataud y se abrazó en oración de suplica al salvador...

La estatua de la estancia a viva fuerza, ¡desolada!

—Vemos, doña Matilde, no se ponga así, resignación, anda, ¡hace algo, ¡hace que solo sea una tacita de caldo!

Tirso de Molina y de la Cámara